

El ejercicio del pensar

#64

Marzo 2025

Rosa Luxemburg como motivo teórico

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Esthela Jiménez Esponda
Consuelo Uranga
Javier Lieja
Armando Córdova

Boletín del
Grupo de Trabajo

**Historia y coyuntura:
perspectivas
marxistas**



CLACSO



PLATAFORMAS PARA
EL DIÁLOGO SOCIAL

El ejercicio del pensar no. 64: Rosa Luxemburg como motivo teórico / Esthela Jiménez Esponda ... [et al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2025.
Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-308-142-4
1. Mártires. I. Jiménez Esponda, Esthela
CDD 272.9

PLATAFORMAS PARA EL DIÁLOGO SOCIAL



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Pablo Vommaro - Director Ejecutivo
Gloria Amézquita - Directora Académica
María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial
Solange Victory - Producción Editorial
Valeria Carrizo y Darío García - Biblioteca Virtual

Equipo

Magdalena Rauch - Coordinadora
Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Luna González y Teresa Arteaga

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina. Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875
<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Coordinadores

María Elvira Concheiro Bórquez
Universidad Nacional Autónoma de México
México
elvira.concheiro@gmail.com

Patricia González San Martín
Universidad de Playa Ancha
Chile
plgonzal@upla.cl

Marcelo Starcenbaum
Universidad Nacional de La Plata
Argentina
mstarcenbaum@gmail.com

Equipo Editor

Luis Alvarenga
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", El Salvador
lalvarenga@uca.edu.sv

Carlos Pérez Segura
Instituto Nacional de Formación Política de Morena, México
carlosperseg@gmail.com

Jaime Ortega Reyna
Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco
gtmarxismo@gmail.com

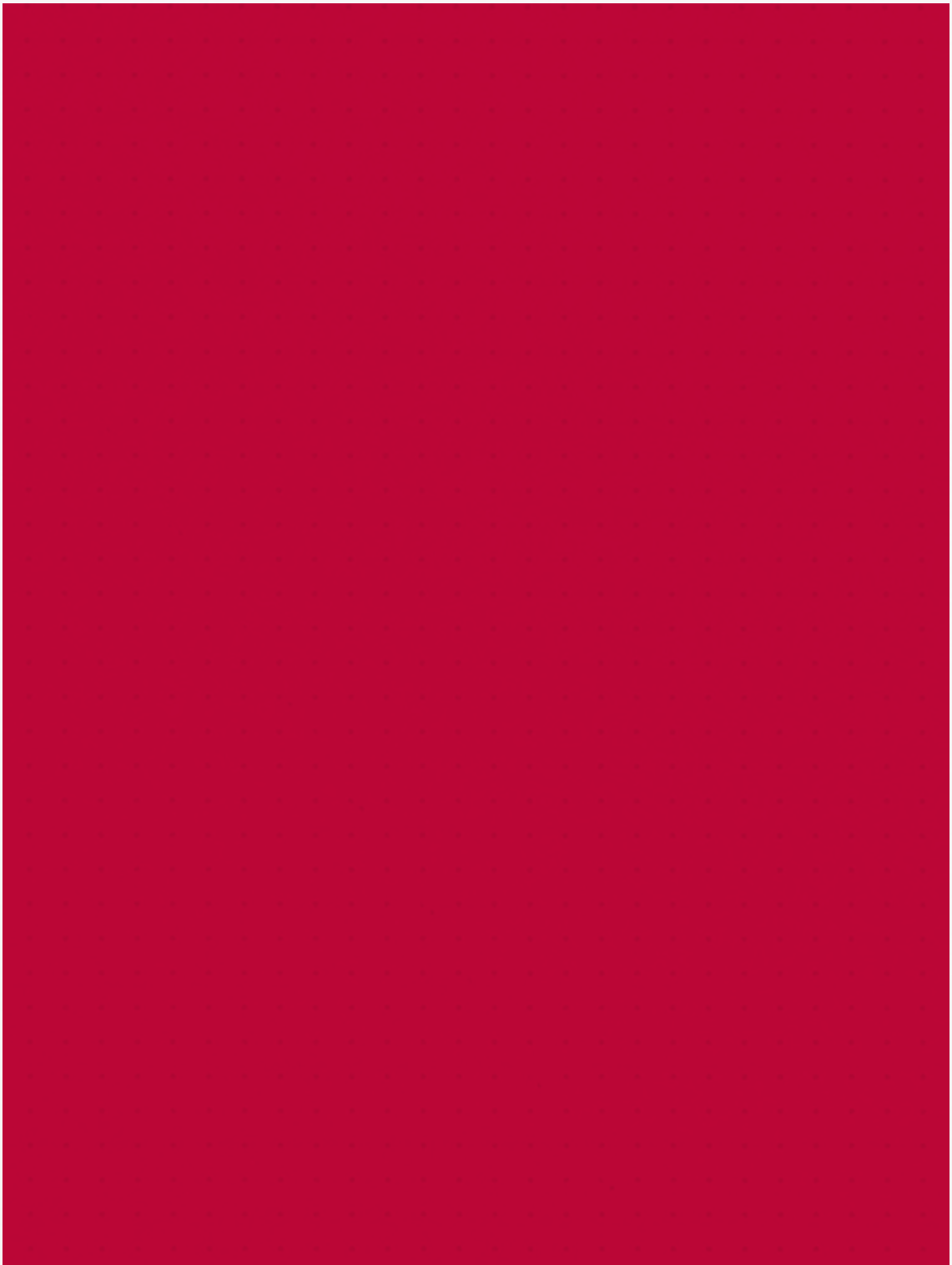
Facebook: <https://www.facebook.com/Herencias-y-perspectivas-del-Marxismo-Gt-Clacso-159187474621120>

Instagram: https://www.instagram.com/gt_clacso_marxismo



Contenido

- 5** Presentación
 - 7** Rosa Luxemburgo, mártir del proletariado internacional
Esthela Jiménez Esponda
 - 11** Recordando a Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo
Consuelo Uranga
 - 13** Rosa Luxemburgo
En el primer cincuentenario de su sacrificio
Javier Lieja
 - 20** Rosa Luxemburg y el mundo subdesarrollado
Armando Córdova
- 





Presentación

La fama de la obra de Rosa Luxemburg ha ganado terreno en las últimas décadas. De ser una referencia esencialmente política y de un cierto martirio político, asistimos a una incorporación más puntual de su productividad teórica. Ello, sin embargo, debe mantenernos alertas, pues como toda popularización –por limitada que sea a ciertos círculos académicos– tiende a flexibilizar y acomodar a los tiempos lo que buscamos en fuentes del pasado.

Hemos vivido ya algo similar con Antonio Gramsci, quien, junto a Rosa Luxemburg, se ha colocado como un anti-Lenin. Gramsci fue el caballo de batalla de esfuerzos eurocéntricos por despachar el “orientalismo” del dirigente ruso, y Luxemburg es utilizada, no en pocas veces, como un supuesto antídoto al raigambre despótico que tendría el marxismo salido de 1917.

Contrario a estas precipitadas sentencias, es preciso insistir que tanto la obra de Lenin como la de Gramsci y Luxemburg, deben ser leídas críticamente, tanto sus eslabones fuertes como los débiles. En el caso de Luxemburg, especialmente, su posición sobre la cuestión nacional, misma que, renovada, se vuelve a presentar como una urgencia de los tiempos ante la avalancha desglobalizadora de la tercera década de este siglo XXI.

No es intención del GT ni de este boletín entregar la quintaesencia interpretativa de una autora, pues no basta decir que ella está “al sur” para darle actualidad –como suelen hacer tendencias y modas contemporáneas– sino reconstruir las muchas formas en que se le ha apropiado, discutido y criticado. Y es que Rosa Luxemburg ha sido tanto un símbolo

político-militante para las múltiples izquierdas latinoamericanas, como un motivo y aliciente teórico, por lo que este boletín da cuenta de ambas veredas. En los primeros dos textos, escritos por dos militantes comunistas mexicanas, podemos ver la recuperación de Rosa Luxemburg como destacada figura moral que dio su vida y obra a favor de la causa revolucionaria. Por otro lado, en los últimos dos textos se profundiza más en los aportes teóricos-metodológicos de la autora polaca, aunque sin evadir la veta rememorativa.

Sirva, pues, este boletín para seguir profundizando en el estudio del sinuoso itinerario luxemburguiano en nuestra región, anclándolo siempre y críticamente a las grandes problemáticas de nuestro presente.



Rosa Luxemburgo, mártir del proletariado internacional¹

Esthela Jiménez Esponda*

Bajo el terror zarista y el poder inquisitorial del clero, en que gemía el pueblo de Polonia en 1870, vino a la vida una nueva heroína del proletariado: Rosa Luxemburgo.

El ambiente liberal del hogar contribuyó a forjar la personalidad combativa y enérgica de la futura heroína.

Y pronto había de abandonar las diversiones de juventud para dedicarse por entero a la causa de los trabajadores, haciendo sus primeros contactos con el movimiento revolucionario de su país.

Terminados sus estudios secundarios, se ve obligada a emigrar a Suiza ya que, en su propio país, a la mujer le estaba vedado el ingreso a las universidades. Y no tarda allí en vincularse al movimiento revolucionario de Occidente, iniciándose en el internacionalismo.

Rosa empieza su lucha enérgica e implacable en contra de los dirigentes corrompidos y oportunistas del Partido Socialista Polaco, y organiza al Partido Socialdemócrata de Polonia y Lituania.

* Luchadora social feminista, directora del periódico *Nosotras*. Fue dirigente sectorial del Partido de la Revolución Mexicana. En 1955 se postuló como candidata a diputada federal por el Partido Comunista Mexicano.

¹ Texto publicado en el periódico *La Voz de México*, en 1953.

La figura de Rosa se agiganta, llegando a ser uno de los más queridos dirigentes del proletariado internacional.

Junto al genio de Lenin, ella con Clara Zetkin y Carlos Liebknecht, legaron a las generaciones futuras su preciosa herencia.

Como dirigente del Partido Comunista Alemán, al igual que en Polonia, fustiga sin piedad a los oportunistas y traidores del movimiento obrero lanzando su famoso folleto “Reforma y Revolución” y refutando a los mixtificadores del marxismo que, desviando a las masas de su objetivo central (la toma del poder) piensan que, con simples reformas sociales, es posible alcanzar, en un régimen de explotación, la libertad y la felicidad de los explotados.

Los malvados, los traidores, los burgueses y los oportunistas, siempre temblaron cuando Rosa subía a la tribuna.

Perseguida constantemente por los agentes del militarismo prusiano, pasó por las cárceles desde 1901, 1904, 1906, 1915 y 1918; pero en ellas, su rebeldía crece: escribe, dirige, organiza a las masas.

Durante la guerra imperialista, junto con el gran Lenin presenta la histórica resolución: “Sobre militarismo y conflictos internacionales”, que tenía como voz de orden transformar la guerra imperialista en guerra civil. Y entre el fragor de la matanza, lanza un llamamiento a los obreros, madres y jóvenes del mundo, en contra de los incendiarios de la guerra.

Sus escritos: “Sobre la huelga de masas y el movimiento sindical”, “Reforma y revolución”; sus folletos sobre la guerra, “La cuestión nacional”, “La acumulación del capital”, etcétera, nos demuestran su capacidad teórica y su dominio del marxismo.

En medio de la intensa lucha revolucionaria, Rosa tuvo tiempo para estudiar y profundizar en todas las ramas del saber humano y del arte.

La gran luchadora que hacía temblar a sus amigos, se deleitaba contemplando un cuadro de Rembrandt, o bien escuchando a Beethoven y Wagner, o leyendo una poesía de Goethe. Se dedicó constantemente al estudio de las ciencias naturales, investigando siempre los impenetrables secretos de la naturaleza.

Tuvo grandes errores teóricos que Lenin señaló claramente, mas este afirmó: “pero a pesar de sus errores, ella fue y permanece siendo para nosotros un águila”.

Al llegar la grandiosa Revolución de Octubre, Rosa levanta la solidaridad entre las masas y dice: “lo que los rusos han intentado ahí queda, es un hecho grandioso de tal trascendencia histórica, que no habrá fuerza humana capaz de borrarlo”.

Alemania vivía también las horas que precedieron a las gigantescas jornadas de octubre, pero faltaba el elemento decisivo que condujera al pueblo a la victoria: el partido del proletariado, el Partido Comunista Bolchevique, de “nuevo tipo”, capaz de conducir a los obreros y a los campesinos a la conquista del poder.

Rosa y sus compañeros de lucha se apresuran entonces a formar el Partido Comunista Alemán, pero aún naciente no estuvo en condiciones de ponerse a la cabeza de las masas y la revolución fracasó.

Fulminante, Rosa lanza su última sentencia terminante a los bandidos y asesinos del pueblo alemán así: “la revolución volverá a alzarse mañana sobre vuestras cabezas heladas por el miedo y de nuevo oiréis su voz inextinguible: he sido, soy y seré”.

El 15 de enero de 1919, los esbirros de la odiosa dictadura burguesa antipopular alemana, lograron hacer prisionera a la valiente y magnífica luchadora del movimiento internacional proletario. Unas cuantas horas después, flotaba en las aguas del canal del puente de Cornelius el cadáver de una mujer de semblante enérgico, cuya cabeza estaba perforada por

las balas de los gendarmes prusianos. Caía un mártir más, pero, el proletariado, levantaba una nueva bandera de lucha con el grandioso ejemplo de la valiente heroína: Rosa Luxemburgo.

Rosa sigue siendo símbolo permanente del proletariado y las mujeres del mundo. Hoy como ayer, su gran voz resuena cada vez más clara y potente en los oídos de los millones de explotados que, tomando como estandarte su magnífico ejemplo, continúan en la marcha incontenible a conquistar el mundo de paz permanente, democrático de felicidad en que soñara y por el que fuera sacrificada.

Nuestra gran Rosa pese a todos los preparativos criminales de los imperialistas yanquis, y sus secuaces continuadores nefastos de los militaristas prusianos y los asesinos hitlerianos, para desencadenar una nueva matanza mundial.

Trabajadores, mujeres, jóvenes y pueblo de México, la vigorosa voz de Luxemburgo nos llama a la acción unidos, a conquistar ese mundo de felicidad que ya lo viven los pueblos de la gran Unión Soviética, las nuevas democracias populares y la China de Mao-Tse Tung.

Adelante, caminemos unidos por la anchurosa vía abierta a los pueblos, hacia el socialismo y el comunismo, unidos, a conquistar la paz.



Recordando a Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo¹

Consuelo Uranga*

La estatura política y humana de Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo, su aportación teórica al socialismo y el ejemplo de sus vidas entregadas totalmente a la causa en que creyeron, les prestan proporciones colosales y les convierten en herencia del proletariado del mundo.

Si a veces el tumulto de la lucha cotidiana relega sus nombres queridos a un aparente olvido, la profundidad de sus advertencias y la hondura de su pensamiento nos llegan del pasado como un haz de luz para iluminar la difícil “senda roja” hacia un mundo mejor, socialista.

Recordamos las proféticas palabras de Rosa Luxemburgo ante el congreso en que surgió del heroico grupo espartaquista el Partido Comunista de Alemania: “nos inclinamos llenos de admiración ante la obra realizada por los rusos, hazaña que perdurará por los siglos de los siglos; pero ponemos en guardia a nuestros compañeros alemanes para que no pretendan copiar servilmente y paso a paso el curso de la Gran Revolución de Octubre. Alemania no es Rusia...”

* Militante y fundadora del Partido Comunista Mexicano, del cual fue expulsada en 1940. En la década de 1950, junto con Valentín Campa y Hernán Laborde, fundó el Partido Obrero Campesino Mexicano y dirigió su órgano partidario.

¹ Texto publicado en *Noviembre*, órgano de difusión del Partido Obrero Campesino Mexicano, el 7 de enero de 1957.

A 38 años de pronunciadas estas palabras —en 1918— tienen la validez de lo actual. Son la advertencia inmortal de nuestros grandes guías.

Igualmente, aboga Rosa Luxemburgo, cuando los bolcheviques tomaron el poder, por la conservación de la Duma (Parlamento) cambiando, naturalmente, a los viejos representantes de los zares, por obreros y campesinos venidos directamente de las fábricas y sementeras, electos por el pueblo. Discutiendo con Lenin, advierte que la cerrazón de la dirección puede transformarse en “dictadura del secretariado” y abrir el camino para la “dictadura de un solo hombre”.

La obra fundamental de Liebknecht radica en sus trabajos contra el militarismo alemán, contra la guerra.

Ambos, sobre ser grandes teóricos, hombres de una cultura extensa como la vida misma, pensadores e investigadores profundos del marxismo, llevan a cabo un activo trabajo de agitación y organización en el seno de los obreros y de las masas.

Su muerte acaecida el 15 de enero de 1919, casi la misma hora, en que fueron asesinados brutalmente por la soldadesca antecesora de las bandas nazis de Hitler, no fue sino el remate de dos vidas consagradas a desbrozar el camino para la implantación del socialismo en el mundo.

“Murieron invictos —dice Franz Pfemfert— sus armas no yacen rotas; sólo se ha roto un corazón”.



Rosa Luxemburgo

En el primer cincuentenario de su sacrificio¹

Javier Lieja*

El último artículo escrito por Rosa Luxemburgo apareció en la mañana del 15 de enero de 1919; llevaba el título de “¡El orden impera en Berlín!” y ofrecía a los lectores de *Bandera Roja* —órgano del recién fundado Partido Comunista Alemán (Liga Espartaco)— un análisis de los sangrientos sucesos que acababan de culminar con la derrota de las fuerzas populares en su intento desesperado por salvar el contenido socialista de la Revolución alemana, traicionado precisamente por el partido que se pretendía garantizarlo, el Partido Socialdemócrata Alemán. El viejo ejército imperial había masacrado al proletariado berlinés; comandado esta vez por un “comisario del pueblo”, el “socialista” Gustav Noske, había impuesto el “orden” que la burguesía alemana exigía del Partido Socialdemócrata para reconocerle la jefatura de la República que debía suceder a la recién depuesta monarquía.

Una vez impuesto el “orden”, la tarea inmediata de los flamantes estadistas socialdemócratas era la de mantenerlo. Conocedores de la popularidad de los dirigentes espartaquistas y de su incansable espíritu de lucha, sabían que sólo su eliminación definitiva podía deshacer la amenaza de

* Pseudónimo de Bolívar Echeverría a su llegada a México.

¹ Texto publicado en *Solidaridad*, el 15 de mayo de 1969. Esta revista era el órgano del Sindicato de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana, y era la expresión de la tendencia sindical a medio camino entre el nacionalismo y el marxismo.

un nuevo levantamiento proletario en los próximos meses. En la tarde de ese 15 de enero, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht fueron apresados en el inseguro escondite de un barrio berlinés, que ellos habían preferido a otros más seguros fuera de la ciudad, decididos como estaban a no apartarse ni un instante de la dirección inmediata de su movimiento. Fueron asesinados esa misma noche por orden expresa de sus antiguos “camaradas”: a Karl Liebknecht se le explicó la “ley de fuga”, y de Rosa Luxemburgo dijo el gobierno que había muerto “a manos de indignados ciudadanos anticomunistas”.

Para el Partido Comunista Alemán, que comenzaba apenas a coordinar el desencanto de las masas obreras ante la traición de la institución que las había representado, y que carecía por lo tanto de una organización eficaz y de dirigentes capacitados, la eliminación de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht vino a significar el fin de aquel proyecto práctico de integración proletaria y de lucha por el poder político que debía continuar en Alemania la revolución iniciada en Rusia por los bolcheviques. La muerte de los dos revolucionarios dejó en las filas del Partido Comunista Alemán un vacío que éste no pudo llenar ni en los mejores momentos de su consolidación y fortalecimiento. Muchos de los grandes errores del comunismo alemán en la década de 1920 se explican en parte por la ausencia de verdaderos dirigentes marxistas, capaces de proponer a las masas una política revolucionaria propia y adecuada a las condiciones de su país.

La importancia esencial que llegó a tener la presencia de Rosa Luxemburgo para el sector más consecuente del movimiento socialista alemán fue el resultado de un largo proceso en que los lineamientos centrales de su actividad política y teórica se fueron transformando en la expresión más fiel, coherente y decidida de los intereses de clase del proletariado. Su popularidad, como la de todos los grandes dirigentes de la revolución socialista internacional, se basaba en la adecuación profunda y constante de su iniciativa política con las formas concretas en que la tendencia revolucionaria de las masas podía hacerse presente en cada caso para

romper con su aparente sumisión al orden social burgués. Rosa Luxemburgo representó para el movimiento socialista alemán el elemento motivador de la reconquista de su propia voluntad revolucionaria, opacada, desvirtuada y desviada por la línea reformista que le había sido impuesta durante largos decenios por la burocracia timorata y oportunista del Partido Socialdemócrata Alemán.

Ya en 1896, año de su ingreso al Partido Socialdemócrata Alemán, Rosa Luxemburgo reclamaba el retorno a las posiciones revolucionarias del marxismo. En su famoso escrito *¿Reforma social o Revolución?* atacaba al revisionismo de la socialdemocracia, sometiendo a una crítica implacable sus esperanzas en un crecimiento “normal” de la sociedad que la llevaría paulatinamente hasta el socialismo por la vía de las reformas legales, y defendía la tesis marxista según la cual las reformas son válidas únicamente como preparación del momento propicio para la conquista proletaria del poder, y de ninguna manera como sustituto de la revolución.

Las ideas que Rosa Luxemburgo exponía en este escrito no eran las de un exaltado ni las de un diletante; pese a su juventud, ella hablaba ya a partir de una experiencia de lucha teórica y práctica de más de siete años. Su vida de revolucionaria la había comenzado como estudiante, en Polonia, su país de origen; allí militó en el partido “Proletariado”, hizo labor de agitación en los medios obreros y escribió sus primeros artículos socialistas. En 1889, cuando acababa de cumplir los 18 años, tuvo que abandonar Polonia, acusada de actividades subversivas. Se refugió en Suiza, desde donde continuó su colaboración en el partido “Proletariado”, y donde publicó su tesis *El desarrollo industrial de Polonia*, libro que la situó en seguida entre los principales economistas marxistas de la época. Así pues, cuando se trasladó a Alemania, Rosa Luxemburgo era ya conocida en el ámbito socialista europeo. Pequeña de estatura y de frágil constitución, la impresión que despertaba en quienes la conocían era sin embargo la de una gran vitalidad dispuesta a desbordarse ya fuese en las tareas organizativas o en la actividad periodística del partido. No acababa todavía

de instalarse en Berlín cuando se unió ya al grupo de socialistas radicales, del que formaba parte su esposo Leo Jogiches; junto con ellos y con Karl Liebknecht, el principal dirigente de la izquierda socialdemócrata, emprendió la tarea a la que a partir de entonces habría de dedicar sus principales esfuerzos: abrir en el seno de la socialdemocracia alemana una brecha que dejase entrada a las posiciones más radicales del proletariado y que fuese así el primer paso para su transformación en un verdadero movimiento marxista-revolucionario.

Rosa Luxemburgo volvió a Polonia en 1905; fue a participar directamente en el gran levantamiento popular al que Lenin llamaría después “el ensayo general de la Revolución Rusa”. Detenida por el ejército zarista que aplastó la insurrección, debió pasar más de un año en la prisión de Varsovia, tiempo que aprovechó para resumir en un folleto las lecciones que se desprendían de la reciente experiencia revolucionaria. *Huelga general, Partido y sindicatos* contiene una crítica de la forma en que la socialdemocracia había utilizado hasta entonces el arma proletaria de la huelga general. Según Rosa Luxemburgo, la huelga general no debe ser usada como un simple instrumento táctico de presión ni tampoco ser tomada como el medio de lucha final, posterior a la organización pacífica y exhaustiva de toda la clase obrera. La huelga general, afirma ella, es el arma por excelencia del proletariado en la lucha de clases; es su arma esencial y definitiva, es el paso inicial de la insurrección armada y de la lucha final por el poder. Su realización requiere un alto grado de disposición revolucionaria espontánea por parte de las masas, y es, por lo tanto, imposible improvisarla. Hacer juego político con la huelga general significa desgastar el arma principal en escaramuzas insignificantes y conducir a las masas de una frustración a otra. La tarea del partido revolucionario, concluye Rosa Luxemburgo, consiste en preparar a la clase obrera para el momento de la revolución, y en prepararse a sí mismo para estar en capacidad de tomar la dirección tanto del proceso revolucionario mismo como de la etapa que debe seguir necesariamente a la conquista del poder, la de la dictadura del proletariado.

Para 1907, la fracción de izquierda había adquirido ya una importancia considerable dentro de la socialdemocracia alemana. Un sector importante del proletariado organizado veía en los escritos de Rosa Luxemburgo, defendidos brillantemente por Karl Liebknecht, un programa concreto de acción. Las posiciones revolucionarias tuvieron la oportunidad de aumentar aún más su influencia cuando la dirección socialdemócrata, presionada por las bases, eligió a Rosa Luxemburgo para ocupar la cátedra de teoría económica en la escuela del partido encargada de preparar a los nuevos dirigentes. Como resultado de su trabajo docente, Rosa Luxemburgo publicó dos obras: la una, didáctica, *Introducción a la economía política*, y la otra, de investigación, *La acumulación del capital*. En ellas, especialmente en la segunda, que se cuenta entre los textos clásicos del marxismo, está expuesta la fundamentación científica de la estrategia internacionalista propuesta por la fracción de izquierda de la socialdemocracia alemana. Para Rosa Luxemburgo, el internacionalismo debe ser una característica esencial de la revolución proletaria; debe serlo, porque la supervivencia de un capitalismo nacional no depende únicamente de las bases de explotación que tiene dentro de sus fronteras, sino de un complicado mecanismo de explotación imperialista. Gracias a esta estructura internacional del capitalismo la burguesía de los países más poderosos está en capacidad de neutralizar las contradicciones locales, trasladándolas a las sociedades de economía dependiente; por esta razón, concluye Rosa Luxemburgo, sólo una estrategia socialista coordinada internacionalmente permitirá al movimiento proletario combatir adecuadamente al capitalismo moderno.

Los estudios científicos de Rosa Luxemburgo tuvieron una trágica comprobación histórica. Acosadas por las contradicciones en el interior de sus respectivos países, las burguesías europeas desviaron hacia afuera la catástrofe que amenazaba producirse. La Gran Guerra, que se inició en 1914, fue largamente preparada: los pueblos de cada país aprendieron a ver en el pueblo del país vecino, y no en su propia burguesía, al responsable de la miseria en que vivían, mientras los gobiernos de las “grandes potencias” se empeñaban en una carrera armamentista sin precedentes

hasta entonces. Tal fuerza alcanzó la ola de nacionalismo chovinista, que los mismos partidos obreros “internacionalistas” cedieron ante ella, traicionando sus principios. En Alemania, las conquistas logradas por la fracción de izquierda en la estructuración de un movimiento popular verdaderamente revolucionario e internacionalista fueron rápidamente opacadas cuando la dirección del partido socialdemócrata se alineó incondicionalmente junto a la burguesía para defender los intereses imperialistas alemanes. De poco sirvió la campaña contra la guerra realizada por el “Grupo Internacional” de la fracción de izquierda: las masas obreras fueron lanzadas a la masacre mutua.

De los cuatro años de guerra, Rosa Luxemburgo pasó tres en prisión, acusada de “incitar a la fraternización de los soldados con el enemigo”. La amarga experiencia de la traición socialdemócrata y el hundimiento de la II Internacional fue analizada por ella en *La crisis de la Socialdemocracia y las tareas de la Internacional Socialista*, escrito conocido como “Los folletos de Junius”. Las ideas allí expuestas sirvieron de programa a la Liga Espartaco que, fundada por el grupo de Karl Liebknecht y Leo Jogiches, se había propuesto la tarea de aprovechar la segura derrota de Alemania para movilizar la decepción de las masas en contra de la burguesía imperialista. Todavía en la cárcel, Rosa Luxemburgo recibió la noticia del triunfo bolchevique en Rusia; en su extenso artículo “La Revolución Rusa” lo saludó como “el primer paso de la gran revolución socialista internacional”, sin callar por eso los puntos en que ella disenta de la política seguida por Lenin y Trotsky.

Cuando Rosa Luxemburgo salió de la prisión en noviembre de 1918, el país se encontraba en plena situación revolucionaria. La reconstrucción de la vieja sociedad parecía imposible. La derrota de los ejércitos imperiales y el fracaso de la monarquía, el desprestigio de las fuerzas burguesas, la miseria y la indignación del proletariado, todo permitía esperar que la victoria de la revolución socialista en Rusia habría de repetirse en Alemania. Desde la dirección del grupo espartaquista, Rosa Luxemburgo colaboró decididamente en la tarea de unificar y coordinar los brotes de

insurrección proletaria que surgían espontáneamente en todas las ciudades alemanas; sus artículos, que aparecían diariamente en *Bandera Roja*, explicaban a los obreros berlineses el sentido de la lucha en que estaban empeñados.

El primero de enero de 1919 fue fundado el Partido Comunista Alemán (Liga Espartaco); su congreso de fundación adoptó el proyecto de programa redactado por Rosa Luxemburgo. Pero la unidad proletaria que intentaba representar era más un deseo que una realidad: los levantamientos revolucionarios continuaban desorganizados a nivel nacional y sus acciones podían ser fácilmente aisladas y reprimidas. No sucedía lo mismo con la recién proclamada república burguesa; a su servicio no estaban solamente los restos del ejército imperial, sino también, y sobre todo, el aparato político de la socialdemocracia.

En la semana del 6 al 12 de enero se produjo la insurrección espartaquista en Berlín. Su intento por rescatar el contenido socialista de la Revolución Alemana fue reprimido brutalmente: en la jefatura del gobierno que lo reprimió se encontraba el Partido Socialdemócrata Alemán, el mismo que hacía algunos años era reconocido por todos como el baluarte más sólido y adelantado del socialismo, y que ahora se había constituido, por iniciativa propia, en salvador y restaurador del viejo régimen.

“¡El orden impera en Berlín!”, escribía Rosa Luxemburgo la víspera de su muerte, y añadía: “ ‘El orden impera en Varsovia!’ ‘El orden impera en París!’ Así anuncian sus ‘victorias’ cada medio siglo, en los distintos focos de la lucha de clases mundial, los guardianes del ‘orden’. Pero estos alegres ‘vencedores’ no se dan cuenta de que un ‘orden’ que necesita de periódicas hecatombes sangrientas para sostenerse camina ineluctablemente a su destrucción”.



Rosa Luxemburg y el mundo subdesarrollado¹

Armando Córdova*

I. Introducción

La acumulación de capital de Rosa Luxemburgo abarca en un solo objeto de análisis, tanto al capitalismo maduro de los países desarrollados, como a las formas “no capitalistas” penetradas por la expansión del capital en Asia, África, América y Oceanía, donde surgieron, como resultado de la dominación burguesa, “las más extrañas formas mixtas entre el moderno sistema del salario y los regímenes primitivos” (Luxemburgo, Rosa, 1967, p. 269). En dicha obra se entremezclan, pues, los elementos explicativos, tanto del desarrollo histórico del capitalismo en los centros dominantes, como del proceso de formación y evolución de lo que hoy se denominan países subdesarrollados.

La casi totalidad de los comentarios y críticas que ha suscitado dicha obra desde el momento mismo de su aparición en 1912, han sido hechas partiendo de considerar únicamente su visión de la problemática de las sociedades capitalistas centrales desde las que su autora escribió, visión que, muy a menudo, ha sido deformada y limitada por las implicaciones

* Armando Córdova, economista venezolano (1928-2011). Algunos trabajos suyos aparecen en volúmenes tales como *El imperialismo: Algunas contribuciones clásicas* (1981). Con Héctor Silva Michelena firmó el artículo titulado “Aspectos teóricos del subdesarrollo”.

¹ Publicado originalmente en *Problemas del desarrollo*, Vol. 5, N°. 18 (Mayo-Julio de 1974)

que el análisis pudiera tener sobre el enjuiciamiento de hechos y situaciones concretas vividas por ella o por sus críticos.²

El objeto de este trabajo es intentar una visión de dicha obra desde la perspectiva de los países subdesarrollados, ese otro extremo de su modelo del sistema capitalista mundial que su autora señaló como imprescindible complemento del desarrollo capitalista de los centros hegemónicos. No pretendo que esta visión sea suficiente y absoluta para enjuiciar su obra, al igual que no lo es tampoco la visión marcadamente eurocentrista, y por ende parcial, de la gran mayoría de sus críticos y comentaristas. Creo sí que nuestro enfoque es, al igual que el otro, un necesario paso del proceso de análisis, un momento de la reflexión crítica sobre la obra, antes de pasar a la visión global que pueda llevarnos a la síntesis de su totalidad, que no es otra que la síntesis del sistema capitalista mundial visto como totalidad histórica que contenía, tanto a un polo capitalista desarrollado como a un polo atrasado y dependiente en su desarrollo, ambos unidos por un sistema de relaciones que hacía de cada polo aspecto imprescindible para explicar al otro.

El plan de trabajo que me he propuesto es el siguiente: estudiaré en primer lugar los antecedentes dentro del marxismo en relación con la cuestión de los países atrasados. En tal sentido, presento una apretada síntesis de lo que considero la visión de Marx y Engels al respecto y, en seguida, algunas ideas respecto a la concepción que de dicho problema tenían los contemporáneos de Rosa Luxemburgo ubicados en la II Internacional. En segundo lugar, paso a exponer las ideas de la autora, relacionándolas

- 2 Desde su propia aparición, La acumulación de capital fue objeto de una crítica (Bernstein, Bauer, Kautsky) prejuiciada por las diferencias de carácter táctico y estratégico que mantenían dichos autores con Rosa Luxemburgo. Aun la crítica de Lenin no escapó a un cierto condicionamiento de sus juicios por sus desacuerdos con la autora. Respecto a sus comentaristas posteriores, desde la década Lenin llamaba la atención en 1922 (*Obras completas*, tomo 33) sobre las maniobras (Levy) algunas de las obras de Rosa Luxemburgo con la intención de ponerlas al servicio de intereses contrarios a la revolución, del mismo modo comentan dos autores contemporáneos los intentos de “rehabilitar” a Rosa Luxemburgo para ponerla al servicio de posiciones teóricas y políticas que no tienen nada que ver con sus ideas ni toman para nada en cuenta las diferencias de contexto histórico (Bensaïd y Nair, 1968).

con las distintas concepciones teóricas que se han tenido hasta ahora sobre el tema del subdesarrollo. Finalmente, intento hacer algunas consideraciones sobre las críticas a *La acumulación de capital* que consideré relacionadas, de una u otra forma, con los criterios que aquí sustento.

Encontrará el lector que no hago aquí suficientes referencias a lo que podría considerarse como planteamiento leninista sobre la cuestión; ello se debe a que espero desarrollar el tema en un ensayo aparte.

II. La visión de Marx y Engels

Como bien señala Georg Lukács, lo que distingue al marxismo de manera decisiva de la ciencia burguesa es el punto de vista de la totalidad (György Lukács, 1960, p. 47). En efecto, la obra de Marx arranca de una visión del mundo de su época concebido como un todo complejo en constante proceso de cambio y formación, en el cual ya “reinaba un intercambio universal y una interdependencia universal de las naciones” (*Manifiesto comunista*, citado en Marx, Karl y Engels, Friedrich, 1973, p. 4). El pensamiento marxista se desarrolla, precisamente, en la búsqueda de las leyes objetivas capaces de explicar el funcionamiento y desarrollo de ese todo heterogéneo y cambiante.

Ya desde el *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels establecen que el sujeto histórico que había logrado romper “el aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas” (*Manifiesto comunista*, citado en Marx, Karl y Engels, Friedrich, 1973, p. 4), hasta conformar ese todo integrado, era una clase social, la burguesía, que buscando forjar en todas partes un mundo a su imagen y semejanza, “arrastró a la corriente de la civilización a todas las naciones” (*Manifiesto comunista*, citado en Marx, Karl y Engels, Friedrich, 1973, p. 4). De allí que el primer paso para comprender a dicho mundo fuese la búsqueda de las leyes objetivas que rigen el comportamiento de la burguesía y del modo de producción que

la erige en clase dominante, en motor de la historia. Fue esa la tarea que Marx cumplió al escribir *El capital*.

El resultado de dicha obra fue un modelo teórico abstracto, homogéneo y cerrado del modo capitalista de producción. *Abstracto*, porque en él se dejan de lado las circunstancias históricas concretas en busca de las relaciones esenciales al capitalismo.³ *Homogéneo*, porque supone una totalidad integrada únicamente por dos clases sociales, capitalistas y obreros (Marx, 1946, p. 350). *Cerrado*, porque al abarcar con esa totalidad todo el mundo teórico, se consideraba a las relaciones internacionales como elementos endógenos al modelo.⁴

Dentro de tal contexto teórico y metodológico quedaba, pues, excluido *a priori* todo el mundo no capitalista, al que se hacía referencia sólo en cuanto a punto de partida de la génesis del modelo, como fuente de la “acumulación originaria” del capital (Marx, Karl, 1946a, Cap. XXIV). No es que Marx no fuese consciente de que el flujo de excedentes económicos desde el mundo no capitalista al capitalista no se había detenido nunca, sino que lo consideraba en su enfoque como resultado, ya de las condiciones particularmente ventajosas en que realizaban los países capitalistas sus transacciones comerciales con las colonias y otras zonas atrasadas, ya de la explotación en ellas de relaciones de producción no capitalistas, las cuales aparecen excluidas del modelo esencial,⁵ puesto que allí

- 3 En sus *Teorías sobre la plusvalía*, Marx escribió: “Sólo tenemos que considerar aquí las formas porque atraviesa el capital en sus diversas etapas de desarrollo. No exponemos, pues, las circunstancias reales dentro de las cuales se realiza el proceso de producción efectivo “ (Citado por Luxemburgo, Rosa, 1967, p. 25).
- 4 “Aquí -escribe Marx - hacemos caso omiso del comercio de exportación . . . Para enfocar el objeto de nuestra investigación en toda su pureza, libre de todas las circunstancias concomitantes que puedan empañarlo, tenemos que enfocar aquí todo el mundo comercial como si fuese una sola nación y admitir que la producción capitalista se ha instaurado ya en todas partes y se ha adueñado de todas las ramas industriales sin excepción” (Marx, Karl, 1946a, p. 489)
- 5 En tal sentido se lee en *El capital*: “Otro problema-que cae realmente por su especialidad, fuera del ámbito de nuestra investigación-es este: ¿contribuye a la elevación de la cuota general de ganancias más elevadas el capital invertido en el comercio exterior y principalmente en el comercio colonial?” (Marx, Karl, 1946c, p. 237).

el proceso de acumulación ampliada se explica tomando únicamente en cuenta la extracción de plusvalía a la clase obrera metropolitana.⁶

Resulta obvio que de este modelo abstracto, homogéneo y cerrado no podía derivarse una interpretación de lo que hoy denominamos subdesarrollo, así como tampoco podemos derivarla de los planteamientos generales de la concepción materialista de la historia, porque, como bien lo señaló él mismo, Marx no intentó nunca haber elaborado una “teoría histórico filosófica de la marcha general fatalmente impuesta a todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas en las cuales se encuentran” (Marx, Karl, 1970, p. 351).

Coincido, sin embargo, con Lukacs cuando señala que lo que hemos calificado aquí de carácter abstracto, homogéneo y cerrado en el modelo de *El capital* “no era para Marx sino una hipótesis metodológica, a partir de la cual se debía progresar para plantear los problemas de manera más amplia. para plantear la cuestión en cuanto a la totalidad de la sociedad” (Lukacs, György, 1968, pp. 51-52).

Plantear la cuestión en cuanto a la totalidad de la sociedad significa incluir en ella a las clases y capas no capitalistas que todavía persistían en las sociedades desarrolladas, así como también al mundo colonial y semicolonial, como elementos complementarios del mundo capitalista desarrollado de la época. Tal planteamiento obliga no sólo a reconsiderar las condiciones de ese desarrollo, sino también los efectos generados por el sistema de relaciones internacionales entre unos y otros sobre las estructuras y comportamiento histórico de los países atrasados. En otras palabras, implica plantear la cuestión en cuanto al sistema capitalista mundial como totalidad integrada por dos polos históricamente inseparables.

6 Este es un supuesto básico de los modelos de reproducción de Marx.

Sabido es que ni Marx ni Engels llegaron a producir la obra teórica que superara la mencionada hipótesis metodológica. Creemos, sin embargo, que tanto en sus obras mayores como en diversos trabajos menores, especialmente sus escritos periodísticos y epistolares, se encuentran importantes referencias en las que se avanza en el sentido sugerido por Lukács.

El primer aspecto a que hay que referirse aquí, como en todo análisis de la obra de Marx y Engels, es que ellos estudiaron al mundo de su época no sólo para conocerlo, sino para transformarlo; y dado que esa transformación progresista tenía como meta final la construcción del socialismo, su visión del presente histórico que vivieron estaba obviamente relacionada con la problemática de la revolución, lo que los llevaba a considerar como centro de su interés a aquellos países en los que el desarrollo del capitalismo había ya formado un proletariado capaz de plantearse, con derecho y posibilidades, la tarea de destruir el orden burgués. Para 1848, año de aparición del *Manifiesto comunista*, en dicho grupo de países entraban sólo Inglaterra y Francia, aunque ya se auguraba el pronto ingreso de los Estados Unidos. El resto de Europa contenía a un segundo conjunto de países en los que el modo de producción capitalista había alcanzado un cierto grado de desarrollo, pero donde dominaban gobiernos reaccionarios que frenaban su decisiva imposición, dificultando el crecimiento del poder económico y político de la burguesía y, por ende, el desarrollo del proletariado. Dos grandes imperios, Rusia y Austria, ejercían el poder de la reacción antiburguesa, oponiéndose a la unificación política de los demás países europeos (Alemania e Italia en especial), cuya división impedía la consolidación del mercado interno, frenando así las posibilidades plenas del desarrollo industrial. En estos países, el problema fundamental era la solución de la “cuestión nacional” mediante la alianza entre la burguesía y el proletariado, para realizar la “revolución

democrático-burguesa” como paso previo a la creación de las condiciones objetivas y subjetivas de la revolución socialista.⁷

El cuadro político de la época se completaba con el mundo no capitalista, con el conjunto de países coloniales y semicoloniales esparcidos en los otros cuatro continentes. La visión histórica de Marx y Engels sobre estos países tenía que ser bastante compleja y difícil de aferrar. Ellos habían estudiado en Europa occidental el surgimiento del capitalismo “desde las entrañas del régimen feudal” mientras que, en su época, eran testigos de un fenómeno cuyo análisis tenía que presentar mayores complicaciones: la penetración, descomposición y subordinación por el capitalismo de una amplia gama de situaciones, muy diferentes las unas de las otras, algunas de ellas difícilmente asimilables a los modos de producción vividos por la Europa Occidental.

En efecto, la situación precapitalista que antecede a la “acumulación originaria” europea puede ser concebida teóricamente como un modelo puro (feudalismo), o, cuando más, como fase de transición de ese modelo a otro (el capitalismo) (Córdova, Armando, 1972). Las situaciones “precapitalistas” del siglo XIX, en cambio, al haber sido ya penetradas desde afuera por el capitalismo, no sólo dejaban de ser precapitalistas, sino que conformaban realidades sociales heterogéneas. Más aún, de una heterogeneidad distinta en cada caso, debido a las grandes diferencias entre las organizaciones originales penetradas (China, India, Irlanda, los países latinoamericanos, etcétera), así como la diferente duración e intensidad que, en cada caso, había tenido el contacto directo con el capitalismo. Si se agrega, además, el bajo nivel del conocimiento general que se tenía entonces sobre la historia pasada y presente de esos pueblos, habría que concluir que cualquier intento de teorización alrededor de esa compleja realidad estaba fuera de las posibilidades reales de la ciencia social de la época. Lo anterior no significa que Marx y Engels no tuvieran

7 15 Véase en tal sentido la documentada obra de Demetrio Boersner, *The Bolsheviks and the National and Colonial Question* (Boersner, Demetrio, 1957).

una interpretación acerca de la naturaleza de esos países atrasados y del papel que jugaban dentro del sistema capitalista mundial, sino que esa visión estaba, por las obvias razones anotadas, muy lejos de presentar la claridad y coherencia que tenía su conocimiento científico del mundo capitalista desarrollado.

En diversos pasajes de la obra de ambos encontramos referencias al papel jugado por el descubrimiento de América y por la navegación transoceánica en el desarrollo de la burguesía y del capitalismo, así como a la importancia crucial que tenían para su época las relaciones económicas entre países avanzados y atrasados, pero se trata siempre de afirmaciones muy generales y, en cierto modo, condicionadas por su visión eurocentrista y su posición convencida de la prioridad histórica del socialismo en los países capitalistas más desarrollados. Igualmente condicionado por su utilitarismo revolucionario estuvo su interés por el estudio de algunos casos concretos de países atrasados, cuando “después del fracaso de las revoluciones europeas, el teatro mundial de las luchas internacionales se traslada al Asia”⁸. Con gran penetración histórica y con gran sentido de la totalidad, Marx ve en los acontecimientos que provocó la política colonial de las grandes potencias en China y en la India, fenómenos que podían tener grandes repercusiones en Europa, hasta el punto de haber escrito:

Quizás resulte muy extraña y paradójica la afirmación de que el próximo levantamiento de los pueblos de Europa (...) pueda depender, con mayores posibilidades de lo que está sucediendo ahora en el Celeste Imperio –la antítesis de Europa– que de cualquier otra causa política existente (...) Sin embargo, no es una paradoja... (Marx, Karl, “La revolución en China y con Europa”, en Marx, Karl y Engels, Friedrich, 1973, p. 7)

8 Véase “Introducción”, en Marx, Karl y Engels, Friedrich, 1973, p. 1.

En igual sentido escribió más de una vez sobre acontecimientos que ocurrían en la India⁹ y otros lugares del mundo colonial y semicolonial,¹⁰ lo que subraya, en el campo de los hechos concretos, su visión de un mundo complejo; cuya problemática social se había integrado de tal manera que bastaba levantar una palanca en un punto de la tierra para que se sintieran sus efectos en todos los demás.

En cuanto a la naturaleza de las transformaciones que estaba creando el capitalismo en las zonas dependientes, la visión de Marx y Engels sufrió importantes transformaciones desde la época de la redacción del *Manifiesto comunista* hasta el fin de sus días. En una primera fase, que abarca los primeros artículos de Marx para el *New York Daily Tribune*, su enfoque parece haber estado limitado por un cierto progresismo simplista que consideraba como progresistas, cualquiera que fueran sus efectos inmediatos sobre los pueblos sometidos, todo proceso de implantación del capitalismo y de destrucción de las viejas estructuras económicas en las colonias. Fue partiendo de tal criterio que Engels había saludado “complacido” en 1847 la ocupación de México por los Estados Unidos con el argumento de que el desarrollo de ese país latinoamericano no podía lograrse sin el tutelaje del capitalismo estadounidense,¹¹ argumentación similar a la que expondría Marx en sus famosos artículos sobre la

9 En carta a Engels del 14 de enero de 1858, haciendo referencia a la rebelión india contra Inglaterra que se había iniciado el año anterior y que costaba grandes esfuerzos al ejército inglés, Marx escribió con evidente entusiasmo: “Con el *drain of men and bullion* que debe costarle a Inglaterra, la India es ahora nuestro mejor aliado”. Igual idea expresa en carta a Danielson del 19 de febrero de 1881.

10 Véanse en tal sentido los artículos de Marx en el *New York Daily Tribune* sobre Birmania y sus comentadas cartas a Engels sobre la cuestión irlandesa (1886 y 1887). Por su parte, Engels escribió, sobre la guerra el capitalismo proporcionará al mismo tiempo el impulso para el derrocamiento del capitalismo en Europa y Norteamérica” (Carta a F. A. Sorge del 10 de noviembre de 1894, en Marx, Karl y Engels, Friedrich, 1973, p. 323).

11 En el artículo “Die Bewegungen von 1847” publicado el 23 de enero de 1848 en el *Deutsche Brüsseler Zeitung* (Engels, Friedrich, 1977, p. 501) expresa Engels: “En América hemos presenciado la conquista de México, lo que nos ha complacido. . . Es en interés de su propio desarrollo que México estará en el futuro bajo la tutela de los Estados Unidos” (Marx, Karl y Engels, Friedrich, 1972, p. 183).

India, en los cuales, después de rechazar en el plano ético las “cochinadas” del colonialismo inglés en aquel país, justifica como progresista, y aún como revolucionaria, la destrucción de la industria nativa india por la penetración inglesa.¹²

En este aspecto, sin embargo, iban a operarse posteriormente cambios importantes en la visión de ambos autores. Me referiré en primer lugar a una nota de pie de página en el tercer tomo de *El Capital*, en la cual su autor demuestra haber comprendido la naturaleza ilusoria de su afirmación respecto al carácter progresista de la dominación inglesa en la India. Se lee allí:

Los métodos de explotación de la India por los ingleses revelan, mejor que la historia de ningún otro pueblo, toda una serie de experimentos fallidos y realmente necios (en la práctica infames). En Bengala crearon una caricatura de la gran propiedad inglesa de la tierra; en la India sudoriental una caricatura de la propiedad parcelaria; en el Noroeste, convirtieron en lo que de ellos dependía, la comunidad económica india basada en la propiedad colectiva de la tierra en una caricatura de sí misma (Marx, Karl, 1946c, p. 322).

Coincido con Pedro Scaron¹³ cuando señala que, en tal afirmación, Marx se acerca a la actual concepción de *capitalismo subdesarrollado*, concebido como “caricatura” del capitalismo maduro de los países dominantes. Pero donde puede verse con mayor nitidez el cambio de la visión original de Marx respecto a los países subyugados, es en su planteamiento de la cuestión irlandesa, al cual doy particular importancia por dos razones: la primera el haber sido Irlanda el único país dominado que los fundadores del marxismo conocieron y estudiaron directamente; la segunda porque, salvando las diferencias, la situación de ese país en aquella época era mucho más parecida a lo que hoy denominamos subdesarrollo y

¹² “La dominación británica en la India”, artículo publicado el 10 de junio de 1853 en el *New York Daily Tribune* (Marx, Karl y Engels, Friedrich, 1973, pp. 24-30).

¹³ Introducción a Marx, Karl y Engels, Friedrich, 1972, pp. 8-9.

dependencia de la que prevalecía en los países coloniales ultramarinos. Al respecto, escribía Marx en 1869:

Durante mucho tiempo creí que sería posible derrocar el régimen irlandés por el ascendiente de la clase obrera inglesa. Siempre expresé este punto de vista en el *New York Tribune*. Pero un estudio más profundo me ha convencido de lo contrario. La clase obrera inglesa *nunca hará nada* mientras no se libre de Irlanda. La palanca debe aplicarse en Irlanda. Por eso tiene tanta importancia el problema irlandés para el movimiento social en general (Carta de Marx a Engels del 10 de diciembre de 1869. Marx, Karl, en Marx, Karl y Engels, Friedrich, 1973, p. 309).

La cita anterior señala el punto de ruptura con la posición “progresista” de los primeros planteamientos de Marx y Engels sobre la materia que discutimos. Por una parte, el caso irlandés convence definitivamente a Marx de que la expansión mundial del capitalismo no llevaba necesariamente a la implantación mecánica del modo de producción burgués en todas partes. Por el contrario, constata en éste, como en otros casos, cómo al país sojuzgado se le niegan las posibilidades de un desarrollo capitalista a imagen y semejanza del de la metrópoli. Por otra parte, la cita pone evidencia que Marx había entendido –al igual que Engels– que la explotación de otros países estaba permitiendo a la burguesía de los países más avanzados de Europa crear una aristocracia obrera que sirviera de amortiguador a las luchas revolucionarias del proletariado,¹⁴ lo que ponía en entredicho el criterio dominante de que los países sojuzgados sólo podían ser liberados por dicho proletariado metropolitano después que éste hubiera realizado su revolución socialista. Por el contrario, Marx ve ahora a la revolución socialista en Inglaterra: “la palanca debe aplicarse en Irlanda”.

¹⁴ Este criterio fue mejor desarrollado en tal sentido carta a Kautsky refiriéndose a Inglaterra: “Aquí no hay partido obrero, sólo hay conservadores y radicales liberales, y los obreros participan alegremente en el festín del monopolio inglés sobre el mercado mundial” (Marx, Karl y Engels, Friedrich, 1973, p. 4).

Esta nueva posición de Marx sobre el problema irlandés, al igual que ciertos comentarios de Engels sobre la situación china de 1894,¹⁵ ponen en evidencia que, tanto el uno como el otro, dieron mayor importancia en los últimos años de sus vidas a lo que hoy se denomina tercer mundo, porque vieron en esos países importantes “palancas” para movilizar los desarrollos revolucionarios de los centros capitalistas. Era el punto de partida para la revisión de su posición analítica eurocentrista que, por lo demás, no estaban en condiciones de superar plenamente.

III. Durante el período de la II Internacional

La segunda Internacional fue fundada bajo el patrocinio de Engels en 1889 y se mantuvo hasta 1917. Durante una primera fase, que termina con la muerte de su fundador en 1895, se mantuvo entre sus integrantes una cierta unidad de criterio sostenida en la indiscutible autoridad de aquél, pero, a partir de entonces, se abre un periodo turbulento en el que se multiplicaron las disidencias teóricas y de todo orden entre quienes se consideraban herederos del pensamiento de los fundadores del marxismo, disensiones que se fueron haciendo cada vez más profundas a medida que se operaba el conjunto de transformaciones económicas, políticas y sociales que trajo consigo el advenimiento del imperialismo.

Como resultado, los miembros de la II Internacional se dividen en cuatro grupos: los “marxistas ortodoxos”; capitaneados originalmente por Kautsky; los “reformistas y revisionistas”, entre los cuales se destacaba Bernstein; los “austro-marxistas” (Otto Bauer) y los bolcheviques rusos con Lenin al frente. Los temas de controversia entre éstos y otros grupos menores, o personalidades no alineadas, fueron muchos: problemas de

¹⁵ Me refiero a una carta de Engels a Kautsky del 23 de diciembre de 1894, volviendo sobre una vieja idea de Marx (Véase Marx, Karl, “La revolución en China y con Europa”, en Marx, Karl y Engels, Friedrich, 1973): “Otra vez más la maravillosa ironía de la historia: sólo queda China para ser conquistada para la producción capitalista y al hacerlo así, a la larga esta última hace imposible su propia existencia en la metrópoli.

organización y construcción del movimiento revolucionario, problemas teóricos y metodológicos en la interpretación del pensamiento de los maestros, pero, sobre todo, un conjunto de cuestiones de táctica y estrategia revolucionaria en relación con los importantes cambios que se habían operado y seguían operándose, tanto en el mundo capitalista como totalidad como en el seno mismo de las distintas sociedades europeas.

De todo ello nos interesa puntualizar aquí, en función de los fines de este ensayo, aquellos aspectos relacionados con las diversas concepciones que sobre los países coloniales, semicoloniales y dependientes privaban entre los integrantes de la II Internacional, además de trazar, aun cuando sólo sea en sus líneas más generales, un bosquejo del ambiente ideológico en el que se estaban conformando y desarrollando los puntos de vista de Rosa Luxemburgo.

El primer aspecto a tratar es el que se refiere a las diversas posiciones sobre el carácter, significado e implicaciones de lo que todos coincidían en denominar *imperialismo*. Como es sabido, el primer intento de análisis de dicho fenómeno realizado dentro del campo marxista fue la obra de Hilferding, *El capital financiero*,¹⁶ donde se le caracterizaba como “fase moderna del desarrollo del capitalismo”, en la que el viejo liberalismo económico era progresivamente sustituido por la competencia monopolística, a medida que se incrementaba el poder de los grandes *cartels* y *trusts* dominados por el *capital financiero*, que había surgido de la fusión del capital industrial con el bancario y que se vería impelido a buscar tasas de ganancias más elevadas y fuentes vitales de materias primas en las zonas atrasadas del mundo. Dentro de esta caracterización, que sería compartida plenamente por el marxismo ortodoxo, el imperialismo aparece, como bien señala Goldmann, como resultado de una política del gran capital y no como un fenómeno histórico inevitable, “admitiendo la posibilidad *teórica al menos*, de un capitalismo no imperialista”

¹⁶ Véase la referencia que hace Lenin de dicha obra en *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (Lenin, Vladimir Ilich, 1972, p. 11).

(Goldmann, Lucien, 1969) para la época, posición que, como vendría a demostrarse más adelante, conduciría a la conciliación con la burguesía por parte de Kautsky y sus seguidores de la socialdemocracia.

Por otra parte, dentro de esta concepción del imperialismo, se le estudiaba casi únicamente con base en sus manifestaciones en el seno de los países capitalistas avanzados y a través de la influencia que sobre ellos ejercería el nuevo sistema de relaciones internacionales característico de esa fase del capitalismo. Los países atrasados, tan implicados en el concepto de imperialismo como los propios países imperialistas, puesto que sin ellos el fenómeno perdería características que le son esenciales, aparecen sólo como objetos remotos de su acción. No se ponía ningún énfasis en los cambios estructurales de todo tipo que en ellos estaba promoviendo su introducción en la fase imperialista del capitalismo. De esa manera se marginaba a los pueblos de Asia, África y América Latina como sujetos de la historia del sistema mundial al que habían sido incorporados, es decir, se renunciaba a la categoría de totalidad que es esencial al marxismo como ciencia de la sociedad.

En efecto, el imperialismo implica, como condición necesaria, la existencia de países capitalistas con avanzado grado de desarrollo de las fuerzas productivas y de la concentración del capital, en los cuales la necesidad de alimentar incesantemente el proceso de crecimiento acumulativo del capital impone la expansión hacia zonas de menor desarrollo, hacia donde exportar capitales excedentes y mercancías industriales y desde donde obtener las materias primas y otros productos primarios requeridos por su aparato productivo. Si esto es así, tanto el primer tipo de país como el segundo conforman aspectos inseparables del fenómeno imperialista. En otras palabras, estamos frente a dos subconjuntos de países que se integran dentro de una totalidad histórica y estructurada, el sistema capitalista mundial que los contiene. En consecuencia, cualquier teoría del imperialismo debe ser capaz de explicar el papel de ambos polos y las implicaciones del fenómeno en cada uno de ellos como factor transformador de sus estructuras interiores. La visión del imperialismo de

Hilferding y sus seguidores de la época es, en cambio, unipolar, lo cual tiene su explicación, no sólo en razones de utilitarismo revolucionario (“la revolución sólo puede ser realizada ahora en los países más avanzados”) sino también en el desconocimiento de la situación real del mundo colonial, semicolonial y dependiente. Para poner en evidencia tales limitaciones vale la pena una somera referencia a las discusiones que sobre “la cuestión colonial” tuvieron lugar en el Congreso de la II Internacional que se llevó a cabo en Stuttgart en 1907 (Boersner, Demetrio, 1957).

Se plantearon allí dos posiciones opuestas, cada una de las cuales se atribuía la correcta interpretación del pensamiento de Marx. La primera, sostenida por Van Kol y apoyada por Bernstein, se basaba en los criterios expresados por Marx y Engels entre 1847 y 1853 con relación a la India, México y China a que nos hemos referido, para considerar al colonialismo como una necesidad histórica que cumpliría el objetivo de implantar el capitalismo en las colonias, sentando allí las bases del surgimiento y desarrollo del proletariado. Sería irresponsable, decían, abandonar a los nativos al estado de la barbarie y salvajismo del cual sólo el colonialismo podía sacarlos; en consecuencia, el colonialismo en sí no podía ser condenado, sino las formas despiadadas que utilizaba. Los defensores de esta tesis concluían augurando el advenimiento de la revolución proletaria para que ésta promoviera *un nuevo tipo de colonialismo de efectos civilizadores*. La segunda posición, sostenida por Kautsky y Lebedou, señalaba en cambio que el objetivo del socialismo era liberar a las mayorías explotadas de todo el mundo de las cadenas del capital. De allí que el colonialismo fuera la antítesis de la revolución, pues no sólo explota pueblos extranjeros, sino que presenta la civilización a dichos pueblos como algo represivo, al imponerla por la fuerza bruta. Después de la revolución socialista, los pueblos atrasados debían ser conducidos a la civilización, no a través de la opresión colonial, sino mediante la ayuda fraterna de los trabajadores europeos (Boersner, Demetrio, 1957, p. 31).

Puede observarse en ambos planteamientos la reafirmación de la visión eurocentrista que los fundadores del marxismo habían ido superando en

sus últimos escritos, así como la falta de conocimiento de la diversidad de culturas y de situaciones que se presentaban en las distintas colonias.

Pero, sobre todo, queda absolutamente en claro el papel, ni siquiera secundario, sino más bien pasivo, que asignaban ambos planteamientos al mundo que hoy denominamos subdesarrollado en el proceso de construcción de la revolución socialista mundial, situación que contrasta con la importancia asignada por Marx y Engels a las luchas de los pueblos de China e India contra el colonialismo como factores de aceleración de la revolución europea,¹⁷ cuando todavía la explotación del mundo atrasado tenía como punta de lanza al capital comercial.

Hasta aquí esta rápida visión de algunas de las ideas dominantes dentro del campo marxista en la época en que hará su aparición *La acumulación de capital* de Rosa Luxemburgo, obra que va a representar la primera aproximación a una visión totalizante del sistema capitalista mundial, dentro de la cual, tanto el desarrollo de los países avanzados dominantes como el proceso de subdesarrollo de los países y zonas dependientes son vistas, por vez primera, y de modo teóricamente coherente, como aspectos de un mismo proceso dentro del contradictorio desarrollo histórico de dicho sistema.

IV. La visión totalizante de Rosa Luxemburgo

1. Desarrollo y subdesarrollo en el modelo de Rosa Luxemburgo

En el prólogo a la primera edición de *La acumulación de capital* (1912) (Luxemburgo, Rosa, 1967), su autora nos explica el origen de dicha obra. Trabajaba en la redacción de sus conferencias sobre economía marxista en la Escuela de Cuadros del Partido Socialdemócrata Alemán que recogería en su *Introducción a la economía política* (Luxemburgo, Rosa,

¹⁷ Ver las notas 16 y 22 de este trabajo.

1972), cuando se encontró que no podía “exponer con suficiente claridad el proceso global de la producción capitalista en su *aspecto concreto*, ni sus límites históricos objetivos” (Luxemburgo, Rosa, 1967, p. 9). Ahondando en el asunto encontró “que no se trataba simplemente de una dificultad de exposición, sino que ésta envolvía un problema teóricamente relacionado con la doctrina del volumen II de *El capital* de Marx, y que además trascendía a la práctica de la política imperialista actual y a sus raíces económicas” (Luxemburgo, Rosa, 1967).

El problema teórico radicaba en haber llegado a la conclusión de que los esquemas de la reproducción de Marx, basados en el conocido supuesto de considerar una sociedad en la que operaban sólo dos clases sociales, capitalistas y obreros, planteaban un problema no resuelto por su autor que era el de la venta (realización) de aquella parte del producto que correspondía al valor de la plusvalía no consumida por los capitalistas. Si los trabajadores compran una parte del producto igual al valor total de sus salarios, y los capitalistas sólo consumen una parte del valor de la plusvalía, ¿a quién se vende el remanente del producto que contiene la parte no consumida de la plusvalía? La venta de esta parte del producto, que corresponde precisamente a la porción susceptible de ir a la acumulación (inversión), es un requisito fundamental del proceso global de reproducción ampliada del capital, de modo que, si ella no se realiza, dicho proceso se detendría.

Por otra parte, el progreso técnico implícito en el desarrollo capitalista conlleva una tendencia al aumento de la composición orgánica del capital que haría cada vez mayor la diferencia entre el producto creado y la capacidad de compra del mismo por los capitalistas y obreros.

Después de esta constatación, que Goldmann considera como “el mayor descubrimiento teórico en el dominio de la crítica de la economía política desde la publicación de *El capital*” (Goldmann, 1969), Rosa Luxemburgo termina por encontrar la falla del esquema de Marx en el supuesto

de considerar que en él participaban sólo dos clases sociales, capitalistas y obreros, supuesto que, a su juicio, es irreal, porque corresponde sólo:

a la tendencia histórica objetiva del movimiento de la acumulación y a su resultado teórico final (...) no es más que la expresión teórica de aquel momento en el que la dominación capitalista ha alcanzado su último límite (...) [En cambio en la realidad] (...) el capitalismo está atenido, aún en su plena madurez a la existencia coetánea de estratos y sociedades no capitalistas (Luxemburgo, Rosa, 1967, pp. 322-329).

Es precisamente en estos estratos y sociedades no capitalistas donde se realiza esa parte del valor del producto que no tiene compradores en el modelo de dos clases sociales de Marx. De esa manera, Rosa Luxemburgo encuentra la argumentación para proceder a la apertura del modelo de reproducción del capital, incluyendo en él no sólo la acumulación de la plusvalía extraída a los trabajadores al servicio del capital, sino también otras formas de plusproducto extraídas a trabajadores de sectores y países no capitalistas. Esos “dos aspectos de la acumulación de capitales –señala– se hallan ligados orgánicamente por las condiciones de reproducción del capital y sólo de *ambos reunidos* surge el curso histórico del capital” (Luxemburgo, Rosa, 1967, p. 351).

Aún reconociendo la validez *en el plano teórico* de muchas críticas que se han hecho al razonamiento de la autora, su planteamiento sigue siendo para nosotros de importancia fundamental. En efecto, la apertura del modelo para incluir otras clases sociales, rompiendo la homogeneidad del esquema original e introduciendo la real heterogeneidad socioeconómica del capitalismo como sistema mundial, significa superar lo que, según Lukacs, no fue para Marx “sino una hipótesis metodológica a partir de la cual se debía progresar para plantear el problema de manera más amplia, para plantear la cuestión en cuanto a la totalidad de la sociedad” (Lukács, Georg, 1960, pp. 51-52). Planteamiento que se sintetiza en la consideración de que sólo de ambos aspectos de la acumulación surge el curso histórico del capital. Salimos así del restrictivo marco teórico-económico del modo de producción capitalista puro (*El capital*) y

nos adentramos en una nueva totalidad que abarca todas las manifestaciones de la vida social y toda la riqueza de la historia: la formación económico social capitalista concebida a escala mundial.

Dentro de esta formulación los países “no capitalistas”, que habían sido penetrados por la expansión del capitalismo hacia todos los rincones de la tierra, encuentran por primera vez un lugar permanente dentro de la historia de la moderna cultura occidental. No será solo el haber servido de fuentes de acumulación originaria del capitalismo, ni el de que sus distintas zonas hayan jugado en distintos momentos una importancia intermitente en los asuntos mundiales, sino el haber constituido *siempre* un elemento vital e imprescindible del proceso de formación y desarrollo del sistema capitalista mundial. De esta manera, los cuatro siglos de expansión de Europa, sobre los otros continentes encuentran su primera síntesis histórica.

He aquí un breve resumen del razonamiento de la autora:

1. El capitalismo viene al mundo en un medio social no capitalista, y es dentro de ese medio donde se opera su desarrollo histórico. En los países europeos occidentales ese medio fue el feudalismo, que una vez entrado en proceso de descomposición dio lugar a otro medio no capitalista en el que predominó la pequeña producción mercantil (pequeños productores en la agricultura y artesanado en otros sectores). En el resto del mundo rodeaban al capitalismo “un conjunto de culturas no europeas que ofrecía toda la escala de grados de evolución, desde las hordas primitivas comunistas de cazadores nómadas, hasta la producción campesina y artesana de mercancía” (Luxemburgo, Rosa, 1967, p. 283).
2. En medio de ese ambiente precapitalista se abre paso el capitalismo siguiendo tres fases diferenciadas. *Primero*, la lucha del capital contra las organizaciones de economía natural, con la finalidad de: A) apoderarse de sus recursos naturales; B) liberar trabajadores para luego obligarlos a trabajar para el capital; C) introducir la

economía de mercancías, y D) separar a la agricultura de la industria. Este proceso de descomposición de las economías naturales no podía ser realizado sino por la fuerza, puesto que “confiarse aquí al proceso secular de lenta descomposición interior de estas formaciones equivaldría para el capital a renunciar a las fuerzas productivas de aquellos territorios. De allí que el capitalismo considera como una cuestión vital la apropiación violenta de los medios de producción importantes de los países capitalistas” (Luxemburgo, Rosa, 1967, p. 285).

3. *La segunda* fase es la lucha del capital para destruir a la economía simple de mercancías que había impuesto como sustituto de la economía natural.
4. *La tercera* fase es la fase imperialista de la acumulación de capitales o fase de la concurrencia mundial del capitalismo que “abarca la industrialización y emancipación capitalista de los antiguos *hinterlands* del capital, en los que realizó su plusvalía”.
5. A través del cumplimiento de estas tres fases “el proceso de acumulación tiende a reemplazar en todas partes a la economía natural por la economía simple de mercancías y a éstas por las formas capitalistas, hasta hacer que la producción capitalista domine absolutamente como la forma de producción única de todos los países y ramas” (Luxemburgo, Rosa, 1967, p. 322), aunque señalando que tal homogeneización de la economía mundial alrededor de las formas capitalistas de producción, corresponde sólo “a la tendencia histórica objetiva del movimiento de la acumulación, a su resultado *teórico* final” (Luxemburgo, Rosa, 1967, p. 322).
6. Conviene detenerse sobre la significación de ese proceso de sustitución progresiva de la economía natural por la economía simple de mercancías y de ésta por las formas capitalistas de producción. A través de ese proceso, señala Rosa Luxemburgo, el capital transforma esas formas precapitalistas de producción, las adapta progresivamente a sus necesidades, de manera que “cuando se dice

que el capitalismo vive de formaciones no capitalistas, hay que decir que *vive de las ruinas de esas formaciones*, y si necesita el ambiente no capitalista para la acumulación, lo necesita como base para realizar la acumulación, absorbiéndolo. Considerada históricamente, la acumulación de capital es un proceso de cambio de materias que se verifica entre la forma de producción capitalista y las precapitalistas. Sin ella no puede verificarse la acumulación de capital, pero considerado en este aspecto la acumulación se efectúa *destrozándolas y asimilándolas*. Así pues, ni la acumulación del capital puede realizarse sin las formaciones no capitalistas *ni aquéllas pueden siquiera mantenerse*. La acumulación sólo puede darse merced a una constante destrucción preventiva de aquéllas” (Luxemburgo, Rosa, 1967, p. 322).

He allí los planteamientos básicos de la autora sobre lo que hoy se ha denominado subdesarrollo, planteamientos que, como veremos en seguida, presentan una sorprendente coincidencia con algunos de los más importantes desarrollos contemporáneos sobre la materia.

2. Un cotejo con las teorías modernas del subdesarrollo

Como es sabido, tanto el concepto mismo de subdesarrollo como los intentos de formular teorías que le dieran explicación, nacen después de la segunda guerra mundial como parte de las implicaciones de la llamada “guerra fría”. Fue precisamente dentro de tal contexto, coincidente con el desmoronamiento de los viejos imperios coloniales, con la revolución de las expectativas crecientes en el seno del tercer mundo y con el creciente atractivo que sobre dichos países ejercía el ejemplo del rápido desarrollo de la Unión Soviética, que los círculos académicos de Europa y los Estados Unidos descubrieron, repentinamente, su interés por el desarrollo del mundo subdesarrollado y la necesidad de promover propuestas de política económica dentro del marco capitalista para hacer frente al efecto demostración que estaba ejerciendo el campo socialista.

Inicialmente, este interés se tradujo en la formulación de planes concretos que partían del supuesto de considerar el subdesarrollo como una etapa precapitalista o insuficientemente capitalista del desarrollo, cuyos síntomas fundamentales era un conjunto de carencias factoriales (baja disponibilidad de capital, bajo nivel de preparación de la fuerza de trabajo, deficiencias en la dotación de recursos naturales, condiciones negativas impuestas por el medio geográfico, etcétera).

Bien pronto vino a verse que tal análisis era, por lo menos, incompleto, pues varios intentos de desarrollo basados en dichos supuestos fueron incapaces de producir los resultados esperados. Surgen entonces los planteamientos “estructuralistas” que veían en deficiencias institucionales y estructurales la razón del fracaso de los intentos de “modernización” de la economía y se ponen de moda, en el plano de la política económica, los programas reformistas concebidos para cambiar esas instituciones y estructuras retardatarias, como condición previa al proceso de desarrollo que tenía como meta la formación de economías capitalistas, basadas en los patrones de Estados Unidos y Europa occidental.

Pionera de este enfoque, tanto desde el punto de vista de su construcción teórica como de la implementación de políticas desarrollistas, fue la Comisión Económica para la América Latina (CEPAL). Más de una década de esfuerzos estériles en este sentido vinieron a poner en evidencia la incapacidad de las políticas económicas que surgían del planteamiento estructuralista, lo que llevó a muchos de sus iniciales sostenedores a la revisión de sus postulados teóricos¹⁸. Es entonces, ya a mediados de la década de los sesenta, cuando viene a descubrirse que, tanto las primeras formulaciones basadas en las carencias de factores (teorías factorialistas) como las formulaciones estructuralistas, al considerar al subdesarrollo como etapa desde la cual debía darse el salto al capitalismo, dejaban de lado el problema de las interconexiones históricas entre el

18 Me refiero en especial a los trabajos de Prebisch y Sunkel, posteriores a 1967.

desarrollo capitalista de los llamados países “centrales” y el subdesarrollo de la “periferia”.

Aún autores como Prebisch, Myrdal, Nurkse, Singer y otros, que habían enfatizado la influencia de las desigualdades en la distribución de los frutos del comercio internacional, lo habían hecho sin profundizar en la esencia de esos resultados, viéndolos como causas que mantenían la condición de subdesarrollo y no como resultante lógica de un sistema mundial regido por leyes que determinaban, al mismo tiempo que el desarrollo del centro, el subdesarrollo de la periferia. Este nuevo planteamiento, que aparece por primera vez en la literatura sobre el subdesarrollo en *La economía política del crecimiento* de Paul Baran (Baran, Paul, 1956), fue el punto de partida de una nueva visión del problema que considera al subdesarrollo como aspecto complementario del desarrollo de los centros dominantes dentro del proceso de formación histórica del sistema capitalista mundial. De allí parte la obra de André Gunder Frank, Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto, Alonso Aguilar, Héctor Silva Michelena, Theotônio Dos Santos, Aníbal Quijano, Samir Amín, Mohammed Dowidar, y todo el conjunto de autores latinoamericanos y de otras latitudes que representan hoy lo más avanzado en el campo de los estudios sobre el subdesarrollo.

Hemos hecho este breve recuento de la evolución de las teorías del subdesarrollo para dejar en evidencia cómo dos décadas de discusión teórica vinieron a la postre a constatar lo que Rosa Luxemburgo había formulado con sinigual claridad medio siglo antes, es decir, la unidad dialéctica entre la acumulación de capitales en el centro y la desacumulación y subdesarrollo de la periferia. Sería, por supuesto, absurdo pretender que Rosa Luxemburgo nos haya dejado una teoría acabada del subdesarrollo, porque ese no era ni podía ser su objetivo. Lo que sí nos dejó, a pesar de las fallas teóricas que le anotan sus numerosos críticos, fue una teoría del sistema capitalista mundial como totalidad, dentro del cual encuentran un lugar importante las bases para una explicación de sí mismos los que hoy denominamos países subdesarrollados.

3. Rosa Luxemburgo y Lenin

La concepción del sistema capitalista mundial como una totalidad que abarca tanto a los países desarrollados como a los subdesarrollados, es una idea que estaría también implícita en el concepto de imperialismo y, en especial, en el tratamiento que hizo Lenin de dicho tema en *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1916) (Lenin, Vladimir Ilich, 1972). Sin embargo, lo que en este aspecto diferencia a Rosa Luxemburgo tanto de Marx como de Lenin, es que nuestra autora da absoluta continuidad histórica a dicha totalidad y a la necesidad de las relaciones entre sus partes integrantes. En efecto, ya hemos visto cómo el modelo teórico de Marx sólo requiere de los países no capitalistas para explicar la acumulación originaria en la fase de génesis del capitalismo; por su parte, en el desarrollo de Lenin la importancia del mundo “colonial, semicolonial y dependiente” para el funcionamiento pleno del capitalismo es una característica de su “fase superior”, imperialista, no de las anteriores.¹⁹ Pues bien, la base histórica de las modernas teorías del subdesarrollo está, precisamente, en esa continuidad de la explotación de los países atrasados por el capitalismo desde su primer contacto con ellos, tal como se establece en el planteamiento de Rosa Luxemburgo.

Como consecuencia de lo anterior, el imperialismo, según ella, no podía ser definido sólo con base en su necesidad de explotación de los países atrasados, proceso que ella demuestra haber sido permanente, sino con base en la forma concreta como se realiza la explotación: exportación de capitales, inversiones directas, control de las fuentes mundiales de materias primas por los grandes consorcios monopolistas, etcétera, aspectos éstos en los que su planteamiento fue poco preciso y en los que Lenin,

¹⁹ Esta es la idea que me sugieren algunos pasajes del capítulo VI de *El imperialismo*, en los que Lenin, luego de señalar que fue después de 1880 cuando comenzó el gran auge de las conquistas coloniales, parece estar de acuerdo en que antes de dicho año, “los dirigentes burgueses de ese país (Inglaterra) eran adversarios de la política colonial...” (Lenin, Vladimir Ilich, 1972, pp. 98-99).

en cambio, dejó una exposición mucho más rica, aún cuando, justo es reconocerlo, también insuficiente.

4. La naturaleza del comercio exterior

Otro aspecto del razonamiento de Rosa Luxemburgo que conserva hoy un carácter todavía novedoso y sugestivo es la concepción del comercio exterior que ella desarrolla en su modelo del sistema capitalista mundial. “Mercado exterior, para el capital, es la zona social no capitalista que absorbe sus productos y le suministra elementos de producción y obreros” (Luxemburgo, Rosa, 1967, p. 281).

Consideramos que en tal planteamiento pueden encontrarse las bases para una formulación de la explotación capitalista de los países subdesarrollados, no con base en la explotación de unas naciones por otras, sino con base en la explotación por parte de la burguesía tanto de la clase obrera como de las clases y capas no capitalistas, lo que replantea el problema de las contradicciones dentro del sistema no sólo en términos de contradicciones entre “naciones ricas y naciones proletarias” sino en términos de la lucha de clases a nivel de la totalidad, aspecto sobre el cual se realizan hoy importantes discusiones en América Latina.

5. Las críticas a La acumulación de capital

Desde su primera aparición, *La acumulación de capital* fue objeto de un concentrado ataque en el que participaron todas las tendencias a que había dado lugar el proceso de descomposición ideológica operada en el seno de la II Internacional después de la muerte de Federico Engels. Tanto Kautsky, patriarca del “marxismo ortodoxo” de la época, como Otto Bauer, representante del “austro-marxismo”, y Bernstein, teórico del “revisionismo”, coincidieron en tratar de rebatir los planteamientos fundamentales de la autora con base en argumentaciones en las que aparecen, por primera vez con toda claridad, las ideas que iban a nutrir la corriente reformista que terminaría por dominar y aniquilar al movimiento

revolucionario en todo el centro de Europa. En su famosa “Anticrítica”,²⁰ Rosa se enfrentó con singular lucidez a este tipo de ataques, demostrando el fondo oportunista de sus argumentos, de forma tal que la historia ha venido a darle plenamente la razón.

Desgraciadamente, su obra recibió también los ataques de Lenin por razones que pueden ser fácilmente comprendidas dentro del cuadro de las luchas ideológicas entre los revolucionarios de la época,²¹ razones que explican también el carácter unilateral de dicha crítica, que sólo vio errores en los planteamientos de la autora, quizás porque no tuvo tiempo de ponderar sus importantes aciertos, o porque ello no convenía en los términos concretos de las luchas políticas del momento.²² El hecho en sí es que este rechazo de Lenin, cuya influencia sobre el desarrollo del pensamiento marxista sería dominante hasta nuestros días, condenó por mucho tiempo al olvido a la completa obra de Rosa Luxemburgo.

Todavía hoy, cuando el movimiento de rescate de su pensamiento para la historia del marxismo ha cobrado un enorme vigor, considero que siguen predominando posiciones preconcebidas y argumentaciones aceptadas a priori para juzgar su obra, lo que lleva a realizar su lectura y discusión como una especie de búsqueda de méritos y de errores para luego pasar al balance de dichos aspectos positivos y negativos.

20 Dicho ensayo aparece en español como apéndice a la edición de *La acumulación* que aquí se cita.

21 Como bien señala Nettl Lenin había leído *La acumulación* en 1913 en un momento en que sus relaciones políticas con R. L. eran muy malas (Nettl, John Peter, 1972, p. 133).

El artículo de Lenin “Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación” (Lenin, Vladimir Ilich, 1960, pp. 645-705) suministra un buen ejemplo de la dureza, sólo justificado por el ardor de las luchas del momento, con que atacó Lenin las posiciones de la autora.

22 En el artículo “Notas de un publicista” (Vladimir Ilich Lenin, 1987, p. 440), publicado en 1922 cuando ya había sido superada por muchos motivos las bases de la disputa con Rosa, Lenin acuña su famosa frase: “A pesar de todas las equivocaciones, Rosa Luxemburgo fue y seguirá siendo un águila”, que es el reconocimiento póstumo a su condición de revolucionaria y de marxista integral.

He leído con bastante detenimiento muchos de los ensayos críticos sobre *La acumulación de capital*, y debo confesar que me quedan muchas dudas, no sólo en relación con algunas de las fallas teóricas que se le anotan, sino, más aún, respecto a la validez de una crítica que, en unos casos, basa la refutación teórica en planteamientos que no siendo más que hipótesis son presentadas como teorías comprobadas,²³ o que usan generalmente como argumento la incapacidad de la autora para prever desarrollos que ahora nos parecen muy lógicos y normales dentro del capitalismo contemporáneo, o el incumplimiento de sus presuntas previsiones respecto al futuro del sistema.²⁴

Al igual que Marx, Rosa Luxemburgo construye un modelo abstracto. Sólo que, mientras en el primero el capitalismo se basta a sí mismo, en el segundo requiere de un medio no capitalista para subsistir. Como marxista, ella sostuvo la validez del modelo esencial de *El capital* en cuanto atañe a la descripción del modo de producción capitalista en su versión más pura. Pero al tratar de darle aplicación histórica se ve en la necesidad de ampliarlo para dar lugar al hecho, *absolutamente irrefutable*, de que en la realidad el capitalismo ha requerido siempre de sectores o países no capitalistas para resolver la problemática de la acumulación ampliada del capital.

A todos los argumentos “teóricos” destinados a demostrar que el capitalismo *sí puede* funcionar sin comercio exterior con otros medios *no capitalistas*, se les puede oponer una afirmación históricamente irrefutable: *hasta ahora, el capitalismo no ha funcionado nunca de esa manera*. Más aún, el surgimiento, desarrollo y creciente ampliación del campo

23 La crítica de Toro Toloza (Toro Toloza, Benjamín. 1971-72) es un ejemplo en este sentido. Se acepta allí como válido a priori, el esquema marxista de la reproducción al nivel de abstracción que lo planteó Marx y de allí se pasa a criticar a la autora su olvido (?) de “que en todo cuerpo teórico está lo esencial de un problema y que para “aplicar esas categorías a un problema concreto se requieren algunos pasos previos e imprescindibles”, lo que significa dejar a un lado todo el laborioso razonamiento de la autora. Igual crítica me merecen otros autores, cuya inclusión alargaría demasiado esta nota.

24 En tal tipo de crítica incluyo a Jacques Vallar (Vallar, Jacques, 1969, p. 65).

socialista impiden que esa “situación teórica” pueda tener cabida en el campo de la realidad.

Tanto desde el punto de vista de la concepción teórica que tengo del imperialismo, como del análisis empírico de su actual situación contemporánea, soy de los convencidos de que la liberación de los países subdesarrollados, la implantación en ellos del socialismo y su consecuente salida del sistema capitalista mundial, significa el fin del imperialismo, lo que constituye otra manera de demostrar que, al menos en su fase actual, el capitalismo requiere, para poder subsistir sin que se detenga el proceso de acumulación, de sus relaciones con el mundo subdesarrollado. De allí que, con todo el respeto que puedan merecerme las mencionadas argumentaciones teóricas respecto a la posible autosuficiencia del capitalismo, antepongo por sobre ellas los hechos de la historia.

Una palabra final respecto a su tan criticada “conclusión catastrofista” sobre el futuro del capitalismo y sobre lo que algunos de sus críticos califican de incapacidad para prever algunos de los desarrollos que se han operado en el capitalismo contemporáneo.

Comenzaré por expresar que la mencionada “conclusión catastrofista” de Rosa Luxemburgo no expresa en sí misma ninguna previsión concreta. Ella señala solamente que, con base en su tesis, al convertirse al capitalismo el último rincón de la tierra, “lo que no es, sin embargo, más que una construcción teórica”,²⁵ se crearían las bases para la muerte del sistema por incapacidad para que se cumplan las condiciones de la acumulación. Dicha afirmación tiene un sentido tendencial, al igual que la tesis de la caída de la tasa de ganancia de Marx, por ejemplo. El hecho de que ninguna de ambas situaciones haya llegado a presentarse no demuestra en modo alguno la incorrección del planteamiento. Se argumenta generalmente, al referirse a la citada tesis de Marx, que la misma

25 He subrayado este párrafo de la autora, porque en él se expresa la propia negación del concepto de “catastrofista”. Mucho más “catastrofista” en términos concretos y no teóricos fue Engels en sus opiniones sobre la conquista de China por el capitalismo (Véase nota 16).

era válida dentro del cuadro del capitalismo decimonónico que él había estudiado. Una argumentación similar puede aplicarse a la tesis de Rosa Luxemburgo. Su conclusión surge de un modelo que tiene como uno de sus principales supuestos el carácter mundial total del sistema capitalista, lo que significaría que con el advenimiento de la revolución socialista de octubre comienzan a desaparecer supuestos fundamentales de su modelo, situación que se hará más patente más adelante bajo el impacto de dos acontecimientos decisivos: la crisis de los treinta y la segunda guerra mundial.

La crisis de los 30 marcó el fin del optimismo capitalista respecto al automatismo del sistema. Desaparece la confianza en la capacidad del mercado para autorregularse y servir de brújula orientadora del crecimiento y se crea el marco propicio a la llamada revolución teórica de Keynes, que haría de la política del gasto público la válvula reguladora de las consecuencias del mercado. En otro aspecto, la crisis sirvió también para que se promovieran nuevas políticas en el campo del comercio internacional con los países atrasados. Es la época de los tratados la “reciprocidad comercial” destinados a impedir la industrialización de dichos países, política que, por cierto, ponía en evidencia la necesidad de impedir su desarrollo capitalista, tal como si los países dominantes aceptaran la tesis de Rosa Luxemburgo sobre la necesidad del capitalismo de tener una periferia no capitalista.

Por su parte, la segunda guerra mundial fue la prueba definitiva de la vitalidad del socialismo que surge de ella fortalecido y conformando un nuevo y poderoso sistema mundial en abierta contradicción con el capitalismo, el cual se ve obligado a realizar importantes cambios para poder hacer frente al reto del nuevo poder en expansión. Uno de estos cambios fue la necesidad de aceptar la industrialización de la periferia, aunque tomando los debidos cuidados para hacer de ella una industrialización limitada en lo posible al sector ligero y dominada desde el centro a través de inversiones de capital y del control tecnológico. El resultado en tal sentido ha sido promover en dichos países un capitalismo subdesarrollado

y dependiente que sigue jugando respecto al capitalismo de los centros desarrollados dominantes un papel similar al que jugaban las economías no capitalistas en el modelo de *La acumulación de capital*.

Faltaría investigar si la tesis de la conveniencia mutua del incremento del comercio capitalista-socialista, sostenida por la URSS, no crea las condiciones de una salida al problema de la realización de la plusvalía capitalista a través del enorme mercado de los países socialistas.²⁶ Si fuera así, habría aquí un nuevo argumento a favor de la tesis de Rosa Luxemburgo sobre la necesidad para el capitalismo de sectores y países no capitalistas para realizar la plusvalía. Que a la postre las relaciones comerciales entre la URSS y los Estados Unidos resulten “mutuamente ventajosas”,²⁷ como sostiene Brezhnev, es otra cuestión que nos lleva, por cierto, a un nuevo problema teórico: el de si tal equilibrio de resultados en el intercambio entre los países imperialistas y los socialistas puede ser explicado por la teoría marxista o estamos frente a un renacimiento de la teoría de los costos comparativos de David Ricardo. Pero aun aceptando dicho equilibrio de resultados habría también que preguntarse: ¿el hecho de que ese intercambio sea favorable a ambos significa también que es favorable a los países subdesarrollados?

La cuestión concreta es que estamos frente a una situación mundial completamente diferente a la vivida por Marx, Lenin o Rosa Luxemburgo. Pretender aplicar mecánicamente las conclusiones que ellos avizoraron desde su época sería la negación del marxismo, lo que no significa que en la metodología de análisis que entre todos elaboraron no estén los

26 “Sólo en un año el comercio entre la URSS y los Estados Unidos, debido a las medidas tomadas por ambos países ha aumentado tres veces y las partes tienen la intención de hacer llegar la suma total del intercambio de mercancías hasta los 2 o 3 mil millones de dólares los próximos tres años” (Noticias de Moscú, junio de 1973). Por otra parte Brezhnev se refirió a la necesidad de que Estados Unidos y la URSS enfoquen el problema de su intercambio comercial “de manera amplia, a gran escala, teniendo en cuenta una perspectiva a largo plazo, para unos 20 años...” (Brezhnev, Leonid, 1973).

27 La frase es del discurso de Brezhnev en su reunión “con los grandes industriales norteamericanos” el 22 de junio pasado (Brezhnev, Leonid, 1973).

elementos esenciales para una visión cabal de la problemática del mundo contemporáneo. Eso fue lo que hizo cada uno de ellos para su época y es lo que nos corresponde hacer a nosotros para la nuestra.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Baran, Paul A. (1956). *La economía política del crecimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bensaid, Daniel y Nair, Alan (1968). A propos de la question de l'organisation: Lénine et Rosa Luxemburg. *Partisans*, 45. [A propósito del problema de la organización: Lenin y Rosa Luxemburgo. En: Lenin, Vladimir, Luxemburg, Rosa y Lukács, Georg (1976). *Teoría marxista del partido político (II)*. (Problemas de organización). México: Pasado y Presente, pp. 9-40. /<https://arxiujosepseradell.cat/wp-content/uploads/2022/03/Teoría-marxista-del-partido-político-2.-Luxemburg-Lenin-Lukacs.Número-12pdf.pdf>].
- Boersner, Demetrio (1957). *The Bolsheviks and the National and Colonial Question*. Ginebra: Librairie E. Droz, París: Librairie Minard.
- Brezhnev, Leonid (Junio de 1973). Una visita en aras de la paz universal. *Noticias de Moscú*, 26.
- Córdova, Armando (1972). Fundamentación histórica del concepto de heterogeneidad estructural. *Revista "S"*, 3.
- Engels, Friedrich (1977). Die Bewegungen von 1847. En Marx, Karl y Engels, Friedrich. *Karl Marx. Friedrich Engels. Werke*, 4, pp. 494-503. Berlín: Dietz Verlag [Los movimientos revolucionarios de 1847. En Engels, Friedrich (1967). *Biografía del Manifiesto Comunista*. México: Compañía General de Ediciones, pp. 437-449 y en Marx, Karl y Engels, Friedrich. *Obras Escogidas*. Valencia: Edicions Internacionals Sedov, pp. 283-297. https://grupgerminal.org/?q=system/files/1848-manifiestonotasyanexos2-marx-engels_0.pdf].
- Goldmann, Lucien. Capítulo de *Recherches Dialectiques*. En: Aray, E. *Materiales para el estudio de la acumulación y el imperialismo*, t. III. Caracas: Edición multigrafiada.
- Lenin, Vladimir Ilich (1960). *Obras escogidas*. Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- Lenin, Vladimir Ilich (1972). *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras.

Lenin, Vladimir Ilich (1987). *Obras completas. Tomo 44*. Moscú: Editorial Progreso.

Lukács, Georg. (1960). *Histoire et conscience de classe*. París: Les Éditions de Minuit. [(1968). *Historia y conciencia de clase*. México: Grijalbo].

Luxemburgo, Rosa (1967). *La acumulación de capital*. México: Grijalbo.

Luxemburgo, Rosa (1972). *Introducción a la economía política*. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente.

Marx, Karl (1946a). *El capital (Volumen I)*. México: Fondo de Cultura Económica.

Marx, Karl (1946b). *El capital (Volumen II)*. México: Fondo de Cultura Económica.

Marx, Karl (1946c). *El capital (Volumen III)*. México: Fondo de Cultura Económica.

Marx, Karl (1970). À l'éditeur de *Otetchestvenniye Zapisky*. [Carta a la redacción de *Otetchestvenniye Zapisky*]. En Marx, Karl y

Engels, Friedrich. *Sur les sociétés précapitalistes*. París: Les Éditions Sociales.

Marx, Karl y Engels, Friedrich (1972). *Materiales para la historia de América Latina*. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente.

Marx, Karl y Engels, Friedrich (1973). *Sobre el colonialismo*. Buenos Aires: Pasado y Presente.

Nettl, John Peter (1972). Sobre el imperialismo. En V.V. A.A. *El desafío de Rosa Luxemburgo*. Buenos Aires: Editorial Brocero.

Noticias de Moscú (Junio de 1973). Un viraje radical (Editorial). *Noticias de Moscú*, 26.

Toro Toloza, Benjamín (1971-1972). La acumulación del capital según Rosa Luxemburgo. *Revista de Economía y Administración*, (19-20).

Vallar, Jacques (1969). La teoría del imperialismo de Rosa Luxemburg, en: Santi, Paolo, Valier, Jacques; Banfi, Rodolfo; Alavi, Hamza. *Teoría marxista del imperialismo*. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente.





Boletín del Grupo de Trabajo
Historia y coyuntura: perspectivas marxistas

Número 64 · Marzo 2025